

Regionalismo autónomo como estrategia ante la globalización

Notas sobre algunos retos del contexto.

Guillermo Gutiérrez

1. La propuesta del regionalismo autónomo

Desde hace varios años el denominado proceso de globalización nos interroga en diversas dimensiones: económica, cultural social, planteando crecientes inquietudes, sobre todo en lo que hace a la relación entre Estados y sociedades nacionales, y la emergencia de un poder transnacional.

Desde el programa Sur Sustentable 2025, coordinado por CLAES –Centro Latinoamericano de Ecología Social – en 2000, y ejecutado en consorcio con otras cinco entidades de Chile, Uruguay, Bolivia y Argentina, se propone la construcción de una estrategia de regionalismos autónomos como forma de relación con este proceso globalizador. La propuesta implica una acción afirmativa frente al mismo: se reconoce su historicidad y el condicionamiento que ejerce sobre nuestras sociedades, pero también se plantea que es posible diseñar acciones afirmativas desde la propia autonomía.

El eje conceptual de esta propuesta es que nuestros sistemas ambientales y sociales sólo serán sostenibles mediante la integración en regiones autónomas y consolidadas, desde las cuales podrán vincularse en forma selectiva con el proceso globalizador. Como complementarias y no como subordinadas, pondrían en movimiento una dialéctica entre los procesos de alcance planetario y las diversidades regionales. Esta dialéctica haría que el sistema globalizado fuera producto de la sociedad multifacética, expresada a través de bloques de diferentes escalas y no, como está ocurriendo, efecto de decisiones de un poder económico, político y tecnológico concentrado.

Se trata de elaborar nuevas políticas de construcción regional, que representen los verdaderos intereses de nuestras sociedades en lo que hace a desarrollo sostenible, equidad e identidad. En palabras de Eduardo Gudynas, “... *cualquier estrategia de desarrollo sostenible que se intente en el Cono Sur no puede ser encarada por países en forma aislada, sino que requiere el concurso de los vecinos, y la implementación de planes regionales*” (Gudynas, 2000, a)

La concreción de esas estrategias es un plan imprescindible si no queremos seguir despeñándonos en la pobreza, la extracción irracional de recursos y el deterioro ambiental sin retorno.

Implica diálogo y conflicto, negociaciones y tensiones múltiples, que no se presentan en un escenario en blanco o neutral, sino en un contexto determinado por la ideología neoliberal y la hegemonía de un bloque de poder de nuevo tipo, que son los factores constitutivos y la forma específica de la globalización en esta etapa.

Los estudios y trabajos sobre esas cuestiones son abundantes, sobre todo los enfocados hacia el campo económico y político; en América Latina en especial, la propuesta del ALCA en tanto mediador entre globalización y Estados territoriales, privilegiado por Estados Unidos en detrimento de otros acuerdos regionales multilaterales, ha generado una generosa actividad de análisis y elaboración de posturas críticas.

En este artículo proponemos analizar otros componentes del contexto en que se dará la propuesta del regionalismo autónomo, que en definitiva también aportarán a

su éxito o frustración. Estos factores son: la estructura social determinada por la globalización neoliberal, los condicionantes de las ciudadanías según se perfilan en América Latina desde la “década perdida”, y la relación entre identidades locales y regiones.

2. Determinaciones históricas de la globalización

Reconocer y aceptar la historicidad de la globalización antecede a cualquier estrategia frente a ella. Hay quienes la consideran como un hecho ‘natural’, una determinación fatalista que debemos aceptar; en ese equipo están los entusiastas simplificadores, que elevaron la globalización a un rango trascendental (“(es)... *la transformación del tiempo y del espacio en nuestras vidas*”, ha dicho Giddens, asociándola a su curioso invento de la “tercera vía” (Giddens, 1999. En el extremo opuesto, los militantes antiglobalizadores a veces se reducen a una ética voluntarista poco práctica, convirtiendo en disturbios juveniles lo que debe ser lucha de masas y estrategia de sociedades.

Ante ambas posturas es importante precisar que esta globalización, definida como neoliberal y neoconservadora, no es producto del designio divino ni eterna, sino que está condicionada históricamente. Es una etapa de la expansión del capitalismo que no invalida ni niega, hacia futuro, la emergencia de otras formas de integración de los pueblos en el ámbito mundial, cuando se produzca un nuevo salto del devenir humano.

Refiriéndose a las luchas de los antiglobalizadores, Albert Recio, de la universidad de Barcelona, formula una serie de “Preguntas al movimiento antiglobalización” en las que fija una serie de características del mismo, que son una advertencia sobre los límites que exhibe una lucha meramente contestataria. Primero señala sus ventajas: *“Es un movimiento protagonizado y gestionado por gente joven. Que ataca el orden institucional dominante, incluyendo aquellos movimientos e instituciones “alternativas” considerados “integrados” en el actual sistema de dominación. Que discute las formas de participación política existentes y plantea alternativas a las mismas... A pesar de que en el movimiento perviven diferentes corrientes, el sector más activista se auto representa a sí mismo como un proyecto de ruptura con el orden social existente. Esta sensación de enfrentamiento global, de ruptura utópica, de aventura (evidente en los viajes de cooperación o en las movilizaciones anticumbre), de humanismo y de utopía...”*. A continuación de estas observaciones indica las debilidades que encuentra en el movimiento. Hasta ahora, dice, (el trabajo se publicó antes del atentado al World Trade Center) el instrumento de éxito *“ha sido el uso mediático, el happening como respuesta al teatro montado por los funcionarios internacionales”*. Pero *“... centrar la movilización en las “cumbres” supone ir a remolque de los tiempos que marcan los grandes poderes. Peor aún, corre el peligro de perder las posibilidades de acción si estos responden con una renuncia a parte del teatro político (sustituyendo los grandes encuentros por reuniones técnicas de bajo nivel donde suelen negociarse de verdad los grandes acuerdos) o simplemente trasladándolos a lugares inaccesibles...”* (ya vemos, la reunión de la OMC se realizó en Qatar, poniéndola a resguardo de cualquier movilización)... *“Los éxitos actuales (cumbres sin acuerdos) han reforzado al movimiento, le han dado sensación de fuerza, pero esta dinámica puede invertirse*

fácilmente cuando se alcance algún tipo de acuerdo. No hay nada tan desmovilizador como el sentimiento de derrota”.

En segundo lugar al discurso del movimiento de resistencia global: *“Los activistas tienen razón cuando combaten las políticas de ajuste y a los grandes organismos transnacionales, pero este cuestionamiento corre el riesgo de convertirse en la enésima expresión de una fórmula ritual vacía de propuestas reales. Es bastante fácil denunciar al FMI y al Banco Mundial, pero resulta bastante más complejo encontrar respuestas transitables a un orden capitalista producto de un largo proceso de desarrollo histórico del que lo que llamamos “globalización” constituye una fase histórica peculiar...”* (Recio, 2001)

Respondiendo una pregunta sobre las verdaderas posibilidades de enfrentar con éxito al modelo vigente, el líder de los campesinos franceses y referente de los militantes antiglobalización, Joseph Bove, pone cable a tierra: *“...la característica muy original de las luchas actuales es que los movimientos ciudadanos ya no se esperan a los grandes resultados globales, sino que al mismo tiempo van por resultados inmediatos con otras demandas”.* Petrich, 2001

La oposición de diversos movimientos a la hegemonía mundial del modelo neoliberal tropieza, además, con un dramático punto de inflexión: los hechos desencadenados el 11 de septiembre con el ataque al World Trade Center de Nueva York. El atentado fue el pretexto perfecto para la formación de una “coalición antiterrorista planetaria”, organizada y liderada por Estados Unidos. Esta alianza no sólo lanzó la guerra en Afganistán sino que, además, se auto concedió poderes para determinar quién es o no es terrorista, y por lo tanto definir blancos de represión. Es una nueva fase en el proceso globalizador: su imposición y la búsqueda de la homogeneidad económica, política y cultural mediante el uso de la fuerza, cuando aparecen opositores o bien como efecto demostrativo destinado a los remisos a aceptar el nuevo orden.

Si Giddens se ilusionó con que la globalización es fundamentalmente *“un mundo de comunicación electrónica instantánea, en el que están implicados todos los que viven en las regiones más pobres...”* han sido los poderosos a cuyo servicio intelectual se desempeña quienes se ocuparon de estrellar sus fantasías: la promesa para las “regiones más pobres”, si ofrecen alguna resistencia, es que serán atendidas por una versión moderna de la caballería del Káiser.

Frente a este cuadro de complejas determinaciones, formulamos estos interrogantes: *¿Será posible diseñar, desde lo regional, las propuestas estrategias de autonomía y vinculación selectiva frente a la globalización neo-liberal?... y ¿El compañero de viaje del proceso globalizador es catalizador de la integración o de la disgregación regional, inducida por acuerdos bilaterales entre débiles y poderosos?*

3. Exclusión como definitoria de las nuevas estructuras sociales

Del mismo modo que los incendios forestales crean su propio viento, que a la vez va realimentando el furor destructivo del fuego, el proceso globalizador neoliberal determina nuevas relaciones sociales, con graves impactos negativos en amplísimos sectores de la humanidad. Son específicas de esta fase del capitalismo y, al momento de diseñar estrategias regionalistas, establecen condicionamientos y rígidas determinaciones, porque instalan una dialéctica cualitativamente diferente entre riqueza y pobreza.

El gran desafío para la construcción de dichas estrategias es la superación de esos condicionamientos, que se reproducen y amplían hacia el interior de cada región que potencialmente sea escenario de integración, en un marco de autonomía. Un resumen del marco de determinaciones que enfrentamos es el siguiente:

- La macroeconomía y macropolítica de la globalización implican que grupos económicos concentrados y los gobiernos de un puñado de países totalizan el proceso.
- Mutuamente determinantes con esta totalización son la fractura social y la exclusión producidas por el modelo.
- La integración de intereses económicos y políticos en un polo integrado de monopolios y países causa la desestructuración social y cultural hacia el interior de las sociedades nacionales.

Mucha gente cree que lo peor de esta etapa el fin del llamado "Estado de bienestar", expresado en la anulación o disminución de la seguridad social, la legislación laboral u otras importantes conquistas por el estilo; esta interpretación es cierta pero insuficiente.

Lo esencialmente dramático, vinculado a la liquidación de dicho Estado de bienestar pero que terminó cobrando vida propia, es la pérdida de valores humanistas, el darwinismo social, y todo esto basado en un proceso de exclusión de carácter masivo y estructural.

América Latina es el ejemplo más contundente de los efectos de dicho proceso. Como reconoce el mismo Banco Mundial, es de lejos el continente con mayor desigualdad social y económica.

Un informe reciente de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), difundido por AMD PRESS, dice que *"el 10% de los hogares con más recursos tiene unos ingresos que superan 19 veces, en promedio, los ingresos que recibe el 40% de los hogares más pobres. Esta situación de desigualdad tendió a agudizarse en los últimos años de la década de los 90. Además, en la mayoría de los países, esta desigualdad es más acusada en las áreas urbanas que en las rurales"*.

Según la CEPAL, *"en la mayoría de los países la situación desigual de la distribución de la riqueza empeoró durante los años 90, pese a la relativa recuperación del crecimiento económico y al aumento del gasto social"*.

El texto puntualiza que *"los logros en cuanto a pobreza han conseguido reducir el número de habitantes en situación de indigencia en unos cuatro millones de personas. Sin embargo, han sido insuficientes para contrarrestar el crecimiento demográfico entre 1990 y 1999, y, en ese periodo, la pobreza aumentó en 11 millones de personas". En América Latina hay 211 millones de personas pobres y 89 millones se encuentran en situación de pobreza extrema o indigencia, es decir, no cuentan con un nivel de ingresos que les permita acceder diariamente a los alimentos básicos.*

Por otro lado, a causa del lento crecimiento económico se ha producido un deterioro del mercado de trabajo, de manera que en la pasada década el paro en Latinoamérica pasó de 7,6 millones a 18,1 millones de personas."

Un ejemplo extremo de esta situación crítica es la Argentina, donde desde 1976 se vienen aplicando, en forma cada vez más descarnada, las recetas prescritas por el neoliberalismo. Víctima notable de la crisis de la deuda, la sociedad argentina se empobreció y fracturó, fenómeno especialmente visible por su histórica condición de "país de clase media" y alta movilidad social ascendente.

Según datos recientes del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), un argentino de cada diez es indigente y el cincuenta y tres por ciento de la riqueza que se genera en el país se distribuye entre el veinte por ciento más rico de la población. En una homilía del mes de agosto de 2001 monseñor Hesayne, obispo emérito de Viedma, en la provincia patagónica de Río Negro, denunció que dos de cada diez argentinos pertenece a una familia cuya jefa o jefe de hogar carece de trabajo. Añadió que dos de cada diez argentinos viven en familias donde la cabeza de hogar es subocupada.

Según la proyección de datos del INDEC (formuladas antes de la agudización de la crisis del riesgo país, que al momento de escribir esta nota supera los 3.000 puntos, el más alto del mundo) tres empresas nacionales de cada diez quebrarán o cerrarán sus puertas antes de finalizar este año. Cuatro argentinos de cada 10 --14 millones de personas-- están bajo la línea de pobreza: sus ingresos no alcanzan para cubrir las necesidades mínimas de vestido, vivienda, educación, transporte y salud. Dos de cada diez, por lo contrario, se quedan con el 60 por ciento del ingreso total. Uno de ellos consume 25 veces o más que su compatriota más pobre. Cinco argentinos de cada diez que mantienen un trabajo están fuera del mercado de empleo formal: no tienen derechos laborales, carecen de cobertura médica, no hacen aportes jubilatorios ni nadie los hace por ellos; no existen para el Estado o sólo cobran vida cuando se les considera "evasores". Según esta misma fuente oficial, el quintil más pobre de la población de Argentina recibe sólo el 4.1 por ciento del producto; el estudio agrega que el 10 por ciento más rico de la población de Buenos Aires y alrededores gana 26.4 veces más que el 10 por ciento más pobre. (En los años 70, la diferencia era 12 veces más).

Una investigación realizada por Consultora Equis, presentada en un simposio de la Unión Industrial Argentina el pasado 23 de noviembre (2001), indica que cada día se vuelven pobres dos mil argentinos, esto es, que los ingresos familiares no cubren ni un tercio de la canasta básica, calculada en 1024 dólares mensuales. (Diario CLARIN, Buenos Aires, 24 de noviembre)

Esta dramática descripción nos lleva analizar que, si bien existe una gradualidad de la pobreza, también hay un límite; más allá de ese extremo, esta gradualidad se vuelve una situación absoluta, que es la exclusión social. Es un salto cualitativo hacia el vacío de las sociedades, estructural e irreversible. Desintegra a amplios sectores de la población de los derechos y obligaciones fiscales, impacta en la autovaloración de las personas y establece un cuadro de anomia y desesperanza. Es la negación de derechos tan elementales como el agua: el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente acaba de denunciar que *"la contaminación y la escasez de agua para la alimentación y la higiene provocan la muerte de 12 millones de personas en el mundo al año. Además, el problema del agua atrapa a millones de personas en la pobreza, porque gastan mucho tiempo en buscar agua limpia.... El Programa.... ha establecido en 50 litros por persona y día la necesidad básica de agua. Sin embargo, las personas más pobres cuentan con 10 litros de agua diaria por persona para sobrevivir y, en el otro extremo, los personas de países desarrollados utilizan 250 litros al día por persona, según la ONU.* (citado en Boletín

Electrónico AMD PRESS, diciembre 2001). Esta información muestra qué es la exclusión en toda su magnitud: los marginados ni siquiera tienen acceso a un recurso que es patrimonio común.

Tempranamente, hacia 1986, definí a los sectores víctimas de este proceso con el término “sociedad alterna”, escindida de la sociedad nacional y, en esa época, principalmente recluida en territorios específicos, como son las villas miseria, favelas, cantegriles, etc. (Gutiérrez, 1986, a). En estos quince años no sólo se agravó y magnificó este proceso, sino que el fenómeno se volvió transversal: la sociedad alterna, los excluidos, ya no sólo se arrinconan en zonas marginales sino que están presentes en prácticamente todos los ámbitos urbanos y rurales. Los “nuevos pobres”, o los “pobres por ingreso” son los expulsados del sistema en las dos últimas décadas; su caída social y económica ya no se revertirá, aunque conservan infraestructuras y expectativas residuales, provenientes de un capital acumulado por sus mayores. Muchos de ellos pueden hacer valer los restos de un conjunto de habilidades y patrimonio cultural y de relaciones que les otorgan ventajas comparativas a la hora de competir con los “pobres-pobres”. Hace diez años, en 1991, decía un estudio del CIPPA (Centro de Investigaciones sobre la Pobreza y Políticas Sociales de Argentina): *“La pobreza ya no es la misma. No sólo marca la vida de muchísima más gente. Además es distinta. Están los que nunca fueron pobres, los que quisieron ‘levantar cabeza’ y no lo lograron, los que se hundieron mucho más. ...hay pobres ‘educados’ y otros que ni terminan primer grado, pobres que viven en casillas miserables y ex clasemedieros que no llegan a fin de mes pero conservan el viejo auto...Están los que comparten el barrio, se reconocen, se ayudan. Y también los ‘nuevos’, dispersos, intentando arreglárselas solos, aferrados a lo que fueron”* (CIPPA, 1991).

En la década transcurrida desde el mencionado estudio esta situación se agravó, las víctimas del modelo se multiplicaron, dando lugar a una crisis no sólo económica sino también de esperanzas, que explica el desasosiego y sobre todo la creciente desconfianza en el sistema institucional.

La crisis de exclusión y pobreza en Argentina y América Latina es acuciante; sin embargo, debemos anotar que los efectos de la globalización neoliberal se extienden por el mundo entero, incluidos los países poderosos. Esto ha dado lugar a la idea de que existe un “cuarto mundo”, que replica en todas las latitudes un cinturón de miseria. La perspectiva de revertir este estado de cosas es poco alentadora; en un informe reciente, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) indica que alrededor de 24 millones de puestos de trabajo habrán desaparecido para finales del año 2002. En ocasión de la apertura del Primer Foro Mundial sobre Empleo, en los primeros días de noviembre de 2001, Juan Somavía, Secretario General del organismo, y Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas, han señalado que estamos *“ante la primera recesión sincronizada de la globalización”*.

El 97% de los nuevos desocupados serán personas de los países pobres; pero confirmando la existencia de ese cuarto mundo generado por las nuevas formas del capitalismo, también en Europa se registran y acrecientan los niveles de pobreza. En un informe publicado el pasado 10 de octubre (2001), la Comisión de la Unión Europea advierte que a menos que los Estados Miembros desarrollen políticas

apropiadas, las situaciones actuales podrían conducir a nuevos riesgos de pobreza y exclusión, sobre todo en los grupos vulnerables. En la actualidad, el 18% de la población residente en Europa (65 de los 374 millones de habitantes), está en peligro de pobreza y aproximadamente la mitad de éstos pobres viven en esta situación durante largos periodos, siendo los principales afectados los niños, jóvenes que abandonan la escuela, parados de larga duración, mayores, inmigrantes y discapacitados.

El hecho de que esta situación se registre también en los países del Primer Mundo no es motivo de “alegría por comparación”, sino de alarma ante la magnitud de las consecuencias del modelo.

Estas se concretan en un nuevo dualismo social, un dualismo cualitativamente diferente al que mereció la atención de las teorías desarrollistas de la década del '60, cuando se analizaba a las sociedades como polarizadas entre atraso / modernización, o desarrollo / subdesarrollo. Tampoco encuentran ubicación los dualismos centro-periferia, propios de la teoría de la dependencia que había surgido como crítica del desarrollismo. Y menor es aún la utilidad de la tesis del “ejército industrial de reserva”, propia del marxismo clásico.

No se trata ya del mantenimiento – por parte de las patronales - de una cierta cantidad de mano de obra en paro, como reguladora de la demanda salarial, situación que era enfrentada por la lucha proletaria; ni de un mundo en el que las metrópolis centrales controlan mediante mecanismos neo-coloniales a la periferia dependiente, sistema que disparaba las luchas anti imperialistas; y mucho menos de un continuum de atraso-modernización, que implica la esperanza de que la superación de este atraso mediante fórmulas de desarrollo (tecnología, inversión, integración de zonas marginales) producirán un salto adelante del conjunto nacional. Todos estos análisis y propuestas, fuertemente sesgados por concepciones de evolución y progreso, se frenaron ante sucesivos diques de la historia. No sólo se diluyeron los movimientos políticos que los enarbolaban como discurso y proyecto; también, en un par de décadas, se volvieron ineficaces como paradigmas. La crisis de estos paradigmas es uno de los núcleos de la parálisis intelectual y política que hoy vivimos; hay quienes asumieron esta crisis agitando la bandera del postmodernismo, y rápidamente adscribieron a la aceptación pragmática del “fin de las ideologías”, “el fin de la historia”, o más aún, a la formulación de algún híbrido teórico-político (por ejemplo, el ya citado Anthony Giddens y su “tercera vía”). Lo grave es que esta crisis se manifiesta en forma fragmentaria. Hay quienes tratan de conservar, en medio del derrumbe general, algunos pedazos sueltos, e impiden cortar de una buena vez con ideas que ya no son aplicables, porque se diluyeron en tanto sistema. Son necesarias nuevas formas de acción y de práctica teórica; es primordial reconocer las causas de esta situación inédita, resumidas así por Carlos Vilas:

1. Cambia la relación empleo / producto. En el pasado, el comportamiento de ambos factores presentaba una marcada relación positiva: cuando el producto crecía también crecía el empleo; cuando aquél caía, este también se reducía, hasta que la reactivación de la producción reactivaba el empleo. Ahora la situación ha cambiado: en fases de recesión el empleo cae más abruptamente que el producto y cuando éste se reactiva, el empleo no lo hace, o lo hace a la zaga y en condiciones de mayor precariedad. Vale la pena señalar en este sentido que mientras en el periodo 1991-1995 el PIB conjunto de América Latina y el Caribe creció casi 15% acumulado, la generación de empleos se movió a una tasa mucho menor, además

de que 85% de los nuevos puestos de trabajo pertenece al llamado sector informal, donde las condiciones de precariedad son mayores.

2) Las políticas estatales que fomentan la llamada flexibilización laboral, es decir la pérdida de las condiciones institucionales de seguridad laboral resultado de casi un siglo de luchas y negociaciones sindicales. Hay una progresiva sustitución del derecho laboral por el derecho civil o comercial, lo cual implica la desprotección institucional de los trabajadores.

3) Deterioro de los salarios reales, sin perjuicio de algunas alzas recientes que de todos modos no logran recuperar los niveles históricos. El trabajo deja de ser remunerador, es decir, deja de ser la llave que permite hacerle frente, en condiciones de dignidad, a las adversidades de la vida, y acceder a niveles aceptables de bienestar. Unido a la globalización de la "flexibilización" de los mercados de trabajo, este deterioro demuestra que, sin perjuicio del discurso de la modernidad y de los impresionantes avances técnicos y científicos, la competencia por bajar los costos laborales es un recurso permanente de la racionalidad capitalista.

4) En la medida en que la población en condiciones de pobreza crece más rápido que la población total, estamos en presencia de un fenómeno de exclusión social. El crecimiento desmesurado del sector informal agrava la redundancia de los empobrecidos. Se ha afirmado, en este sentido, que se trata de sectores de población innecesarios para el funcionamiento del capitalismo de nuestros días (Dahrendorf, 1994); en todo caso, es gente que se desempeña en actividades prescindibles.

5) Las políticas estatales de privatización y de desregulación, que reducen los niveles de empleo y deterioran las condiciones de trabajo; además, la privatización de muchas empresas estatales implica la cancelación o arancelamiento de servicios sociales que antes se prestaban de manera gratuita a las familias de los trabajadores... (Vilas, 1999)

Estos factores no sólo implican la pérdida de progresividad en la situación social, sino también la reversión de conquistas y el desmantelamiento del cuerpo legal de derechos adquiridos, logrados en largas luchas desde el surgimiento del movimiento obrero. Lo grave es que no sólo se están cercenando reivindicaciones futuras; también se están arrasando los avances ya incorporados, no sólo en leyes y estatutos, sino también en la cultura de los pueblos.

La eliminación de derechos básicos, y la amenaza permanente a la estabilidad laboral, convierte a quienes tienen un empleo en rehenes de las patronales. Están dispuestos a conservar su puesto a toda costa, independientemente de la explotación a la que son sometidos, a pesar de que el salario está en general por debajo del mínimo necesario para la reproducción de la vida del trabajador y su familia.

Este proceso significa la emergencia de una nueva estructura social, de escala global, configurado como un continuo en el que los polos son, por un lado, un bloque dominante de nuevo tipo, transnacional, y por otro, un extremo antagónico conformado – en el ámbito mundial- por tres mil millones de excluidos.

Dicho bloque transnacional conforma una nueva forma de concentración de la riqueza, basada en una presencia planetaria que disuelve o enmascara las procedencias nacionales de sus personeros. En paralelo, se amplía día a día la masa de quienes languidecen en el límite de la supervivencia. Deambulan buscando

un horizonte y cada vez más, para evitar su desplazamiento hacia las sociedades opulentas, se levantan alambrados en las fronteras y se diseñan renovadas tácticas de contrainsurgencia.

Pero el bloque dominante por sí solo no puede controlar esta masa indigente ni la explosión social en ciernes, que podría convertirse en una especie de guerra civil mundial. Para lograr este objetivo se diseñan y aplican diversas ingenierías sociales, dirigidas a que los otros miles de millones de personas, que aún gozan de distintos grados de inclusión, sean aliados en la preservación de privilegios.

Mecanismos claves para asociar a estos sectores son los sistemas de gratificación mediante consumo y satisfactores materiales, que implican la apropiación y el uso irracional de los recursos disponibles, aún a costa de su deterioro o agotamiento en un futuro cercano. El indicador elaborado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), denominado “huella ecológica”, que refleja cuales son las regiones que tienen mayores niveles de consumo de recursos básicos, demuestra que la huella ecológica de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que agrupa a los países ricos, es cuatro veces superior a la de los países en desarrollo. Extendiendo esta observación a cada uno de los países “en desarrollo”, obtendríamos indicadores semejantes en lo que hace a apropiación inequitativa de recursos por parte de los segmentos privilegiados de la población, en tanto las masas de excluidos carecen de recursos elementales para la subsistencia.

El peligro que parecen representar para el sostenimiento de los privilegios también ha generado un nuevo oficio, el de los especialistas en contención de los pobres. Se realizan infinidad de estudios sobre la pobreza y programas para atenderla, que van desde los empleos basura hasta los experimentos del Grameen Bank.

Pero salvo en las posiciones críticas y de denuncia, en ningún lado aparece que el problema central en realidad no es la pobreza, sino la riqueza, sostenida mediante las nuevas formas concentración. Las mismas no sólo producen la exclusión social, sino que necesitan de ella para estrechar día a día los límites distributivos que hacen posible el sistema.

4. La acción colectiva garantiza un modelo perfeccionado de integración regional

En América Latina el paradigma de la integración tiene vigencia desde la misma disolución del sistema colonial. Desde las declaraciones independentistas ese ideario se mantuvo en varios discursos, en su mayoría abstractos y voluntaristas. Lo concreto es que durante el siglo XIX se profundizaron las divisiones y fracturas, en lo que – un siglo después y en forma retroactiva – se denominó “balcanización”, en gran medida como resultante de la expansión capitalista.

En la etapa actual, y a contramano del discurso de sus panegiristas, el proceso globalizador reproduce similares impactos negativos. Como en el pasado, los intereses transnacionales se entrelazan con las políticas económicas de los bloques dominantes locales, fieles actores de un modelo extractivista, exportador de materias primas e importador de bienes manufacturados. En la etapa neoliberal se suma la primacía de la especulación financiera, vector de desarticulación de la producción genuina.

Los bloques de integración como el MERCOSUR surgieron contemporáneos a este proceso de globalización neoliberal, lo que determinó, como matriz de origen, su

carácter de mediadores del mismo, y su incapacidad de trascender el plano de los acuerdos (o desacuerdos) comerciales.

En palabras de Gudynas, refiriéndose al MERCOSUR, *“la ola de reformas de inspiración neoliberal desencadenó una ampliación del mercado como escenario privilegiado de las estrategias de desarrollo... (y) el reduccionismo mercantil no asegura los mejores medios para desarrollar una buena gestión ambiental, no ha logrado detener el deterioro ambiental, ni tampoco ha revertido la situación de pobreza”*. (Gudynas, 2001-b)

Podemos definir los actuales acuerdos regionales como modelos de integración dependiente, cautivos de las decisiones del bloque dominante transnacional. La clave de dicho proceso es la reproducción hacia el interior de los bloques regionales de la nueva dualización de las sociedades, y un mecanismo de acumulación concentrada y fuerte transferencia hacia los núcleos de hegemonía financiera, garantizado por grupos dominantes locales de perfil gerencial. Un estereotipo de este tipo de personeros es Domingo Cavallo, ministro de economía argentino en dos gobiernos pero también ubicuo asesor de Ecuador y Rusia, y ex presidente del Banco Central de Argentina durante la dictadura militar. Su paso por estas funciones dejó, en cada momento y lugar, saldos catastróficos en los niveles de empobrecimiento y marginación social.

Personajes como Cavallo o sus epígonos son funcionales a un proyecto que tiene un núcleo de poder claramente identificable, descrito claramente por Susan Strange: *“El declive de la hegemonía Estadounidense es un mito.... En todas las cuestiones importantes Estados Unidos sigue manteniendo el poder suficiente para conformar los marcos e influir sobre los resultados. Esto implica que puede trazar los límites dentro de los cuales los demás eligen entre una restringida gama de opciones, siendo esas restricciones consecuencia en gran medida de las restricciones Estadounidenses.*

Lo que está emergiendo... es un imperio no-territorial cuya capital imperial está en Washington. Mientras que las capitales imperiales acostumbraban a atraer a cortesanos de las provincias exteriores, Washington atrae gente al servicio de las empresas exteriores, a grupos minoritarios exteriores, y a grupos de presión organizados globalmente.... Como en Roma, la ciudadanía no se ve limitada a una raza superior, y el imperio contiene una mezcla de ciudadanos con todos los derechos legales y políticos, semiciudadanos y no-ciudadanos, como la población esclava de Roma. Los semiciudadanos del imperio son muchos y se pasean por las calles de Río, Bonn, Londres o Madrid, y se cruzan con la multitud de no ciudadanos; nadie puede distinguirlos por su color, raza, o vestido. Los semiciudadanos del imperio son muchos y están por todas partes... entre ellos hay muchos empleados de las grandes corporaciones transnacionales que operan en la estructura de la producción transnacional y sirven, como todos ellos saben muy bien, a un mercado global. También hay que incluir a los empleados de los grandes bancos transnacionales, y con frecuencia a miembros de las fuerzas armadas ‘nacionales’, los que reciben entrenamiento y armas y dependen de las fuerzas armadas de Estados Unidos, así como a muchos profesionales de la medicina o de las ciencias naturales o sociales, gestores y economistas, que consideran las asociaciones profesionales y las universidades norteamericanas como el grupo de colegas ante el que tienen que brillar y hacer méritos. Es también la gente de la prensa y los medios de comunicación, a los que el ejemplo de Estados Unidos han mostrado el camino a seguir, alterando sus organizaciones e instituciones establecidas”. (Strange, 2000)

La funcionalidad que representa para el fortalecimiento de la globalización neoliberal esta fractura entre ciudadanos, semiciudadanos y no-ciudadanos se ejemplifica en el MERCOSUR; la mera presencia de las masas marginadas, de los excluidos, de los no-ciudadanos, es particularmente sensible en el nivel de los trabajadores que aún se mantienen dentro de los márgenes de la inclusión (conservan el empleo formal o realizan tareas informales suficientemente remuneradas). El escenario de los que no tienen, ni tendrán, ocupación o empleo que garantice una vida más o menos normal, es lo bastante atemorizante como para neutralizar actitudes combativas de estos semiciudadanos.

Por otro lado, las asimetrías entre economías nacionales establecen fuertes disparidades salariales, de leyes laborales, de condiciones de trabajo, dando lugar a potenciales competencias entre obreros y empleados de los países miembros de los acuerdos. Superados por normas que no pueden discutir, para los sindicatos es difícil el establecimiento de acuerdos solidarios y plataformas comunes de acción. Un ejemplo clásico de este conflicto es el caso de los camioneros argentinos y brasileños, entre quienes emerge una permanente tensión.

También entre empresarios y trabajadores existe una fuerte asimetría en cuanto a la movilidad que debería ser característica de la integración: mientras las empresas eligen trasladarse de un país a otro según las ventajas que se les ofrecen (fluctuaciones cambiarias, regímenes impositivos, precios de servicios), sus empleados no pueden migrar con la misma facilidad. La precarización laboral que se registra en cada uno de los integrantes del bloque regional se potencia, porque a los trabajadores se les niega la misma libre elección de asentarse fuera de su país de origen, en procura de mejores opciones laborales y de calidad de vida.

Esta asimetría de oportunidades vuelve a demostrar hasta que punto la globalización sólo significa apertura planetaria para uno de sus componentes, los dueños y operadores del capital. No se trata de un simple problema administrativo: es la garantía de que las empresas trasladan sus inversiones hacia aquellos lugares en que la maximización de la ganancia está garantizada, aún a costa de dejar tierra arrasada en el país que abandonan.

Las organizaciones nacionales de trabajadores se ven obligadas a defender las posibilidades de empleo fronteras adentro, incluso compitiendo a la baja con las clases trabajadoras de otros países (vecinos muchas veces, como en el caso de los integrantes del MERCOSUR). De este modo, la globalización y los acuerdos regionales facilitan la presencia transnacional de la clase empresaria, fortaleciendo su homogeneidad ideológica y de intereses, en tanto compartimentan en nichos nacionales a las clases trabajadoras de cada país.

William Robinson analiza así la problemática: *“El nuevo poder relativo alcanzado por el capital global sobre el trabajo global ha quedado fijado en una nueva relación global capital-trabajo, lo que algunos han llamado la “casualización” o informalización global del trabajo, o diversas categorías contingentes, que entrañan sistemas alternativos de control del trabajo asociados con la “acumulación flexible” post-Fordista. Estos sistemas descansan, en mi opinión, en parte, en la separación entre la institucionalidad del Estado-nación y el nuevo espacio transnacional del capital. Ellos incluyen trabajo contratado o subcontratado, temporal o de tiempo parcial, a destajo, trabajo informal, en casa, el renacimiento de la organización patriarcal del trabajo, “sweatshops”, y otras formas opresivas de relaciones de producción.*

Estas nuevas relaciones implican, al igual que en otras épocas, rupturas en las reciprocidades entre capital y trabajo... *“En estas nuevas relaciones entre el trabajo y el capital, el trabajo llega a ser nada más que una mercadería desnuda, ya no envuelta en relaciones de reciprocidad enraizadas en comunidades políticas y sociales que se habían institucionalizado en el Estado-nación. La noción más mínima de responsabilidad de los gobiernos hacia los ciudadanos, o de los empleadores hacia sus empleados, es disuelta frente a esta nueva relación de clase. En esta edad de capitalismo salvaje, liberado de toda limitación social, hay una verdadera regresión en los elementos “históricos” o “morales” del trabajo asalariado, conducido por una cultura de individualismo competitivo en cuyo centro se alza un Darwinismo Social en donde las normas y los valores colectivos han desaparecido”.* (Robinson, 2000)

La concreción de las estrategias regionales a las que nos referimos está fuertemente condicionada por esta cultura y estas nuevas formas de las relaciones del trabajo, señaladas por Robinson, porque desestructuran y establecen tensiones en uno de los cimientos básicos a los que debemos apuntar: la constitución de ciudadanía.

Las sociedades latinoamericanas en su evolución hasta la actualidad construyeron procesos identificatorios, superpuestos a las contradicciones sociales y étnicas que las caracterizan. Aún en poblaciones aluvionales, como es el caso de los habitantes de ambos márgenes del río de la Plata, la idea de un “carácter nacional” fue ganando espacio a la fragmentación originaria, producida por migraciones provenientes de variados lugares del planeta. El ensayista argentino Arturo Jauretche, en su obra “El medio pelo en la sociedad argentina”, definió este proceso como “digestión social”, refiriéndose a la capacidad de las sociedades rioplatenses para fusionar poblaciones tan disímiles.

Este carácter nacional de las sociedades latinoamericanas, forjado en los casi dos siglos transcurridos desde las guerras de independencia, también fundamentó movimientos ideológicos y políticos con fuertes contenidos revolucionarios que, en tanto movimientos de masas, retroalimentaron los mecanismos identificatorios.

La globalización neoliberal, instrumentada en los Estados nacionales a través de las políticas de gerenciamiento, impactó fuertemente en estos procesos. La frustración causada por discursos populistas luego bastardeados (como ocurrió en la Argentina con la oferta de los gobiernos posteriores a la dictadura, o con el antes izquierdista Cardozo en Brasil, sólo por tomar algunos ejemplos), erosionó el prestigio de la política y la confianza en los mecanismos constitucionales.

Como contrapartida de este desgaste de la política y los políticos, emergieron o bien se resignificaron nuevas categorías aplicables a la acción: ciudadanía y sociedad civil, actores colectivos que posibilitarían superar los modelos jerárquicos de decisiones, reinstalando paulatinamente el protagonismo popular.

El fortalecimiento de esta acción colectiva de nuevo tipo ya se manifiesta; los grupos ciudadanos enfrentan y resuelven múltiples problemáticas, aunque todavía en niveles micro. Estas acciones, asumiendo una escala mayor, permitirían resolver ese punto crítico descrito como “crisis de representatividad” de los actores políticos, o directamente “crisis de la política”. A los ojos de la gente, estos actores políticos se encierran cada día más en ghettos de privilegios e impunidad, que ponen entre paréntesis la efectividad de la democracia. Más allá de las formalidades institucionales, se advierte que aumenta la conformación de una corporación que, con sus propios códigos, usufructúa el patrimonio común en beneficio privado. Esta

sensación de “lo corporativo” se acentúa cuando la justicia, lejos de funcionar como custodio de ese patrimonio común, protege a los sospechados y enmascara mediante subterfugios los actos de corrupción.

Pero también debemos tener en claro que la defenestración de la política es funcional al modelo globalizador neoliberal; es un ariete utilizado por los representantes fundamentalistas de esa corriente, que hábilmente asimilan “corrupción de la política” a inutilidad del Estado. A la vez jerarquizan la eficacia y eficiencia de la empresa privada, en especial las grandes corporaciones.

Parece paradójico, porque han sido los políticos en circulación los encargados de reducir el Estado a su mínima expresión, extinguiendo su capacidad regulatoria en beneficio de los intereses privados. Sin embargo esta paradoja es aparente; en verdad, la aplicación exitosa de la globalización neoliberal aún necesita intercambios de favores con quienes manejan los Estados locales.

El mensaje anti-política de los ideólogos neoliberales hace necesario comprender esta cuestión en sus contradicciones. Hacer antipolítica abstracta es también hacerle el juego a los intereses de la globalización neoliberal. El fondo de la cuestión está en que el problema no es la política, sino los desempeños y roles actuales de los partidos políticos. Es imperioso no dejarse llevar por una “antipolítica” que en realidad es la cruzada final del neoliberalismo contra los Estados nacionales, con el objetivo de destruir lo poco que resta de su capacidad regulatoria de los mercados.

Por el contrario, es necesario fortalecer la acción colectiva para recuperar los Estados nacionales, de modo que los mismos sean constructores de ciudadanía. Lejos de considerarlos como antagonistas de la sociedad civil y el proceso de ciudadanía, deben volver a ser sus motores constitutivos, incentivando la acción colectiva.

Como señalan Patricia Provoste Fernández y Alejandra Valdés Barrientos “... *la ciudadanía es un status con que las comunidades políticas legitiman la pertenencia e identidad de los individuos a esas comunidades. El Estado nacional es el referente por excelencia de esa comunidad política, aún cuando esta univocidad se ve cuestionada por la globalización y la existencia de poderes supranacionales en el plano económico y político, por el fortalecimiento de gobiernos locales y regionales, por mecanismos de justicia y representación que traspasan las fronteras de los países. El Estado nacional es el que refrenda la condición ciudadana en cualquiera de las otras instancias mencionadas. () Al hablar de una ciudadanía que interroga las relaciones de dominación nos encontramos con la tesis central de Hannah Arendt, quien la plantea como el espacio de construcción de lo público y cuya concepción de la política está basada en la idea de la ciudadanía activa, esto es, en el valor e importancia del compromiso cívico y de la deliberación colectiva acerca de todos los temas que afectan la comunidad política. . (Provoste Fernández/Valdés Barrientos, 2000)*

Estas consideraciones son fundamentales cuando nos planteamos el regionalismo como estrategia frente a la globalización, por dos razones: como analizamos en un punto anterior, los Estados nacionales, aún subordinados a los intereses del bloque dominante transnacional, siguen siendo depositarios del cuerpo de derechos y obligaciones en el ámbito territorial que controlan. En ese sentido siguen operando como ordenadores internos, y conservan capacidad de negociación hacia el exterior. Si estas mismas atribuciones fueran controladas o al menos condicionadas por la sociedad civil, podrían establecerse acuerdos regionales de nuevo tipo, no reducidos

al mero plano mercantil, sino integrales y atravesados por un fuerte concepto de sostenibilidad social y ambiental.

En segundo lugar, no basta con diseñar estrategias regionales adecuadas si las mismas no garantizan el protagonismo y fortalecimiento de la ciudadanía tal cual fue descrita anteriormente; porque estas estrategias también podrían constituirse en una perspectiva autoritaria y de sostenimiento de privilegios. Esto es esencial, porque en la actualidad hay grandes segmentos de la población que viven ajenos a los procesos en desarrollo y sus consecuencias. Son victimizados en la medida en que confían en soluciones ahistóricas para superar el actual estado de pobreza: mítica expectativa de regreso al estado de bienestar, confianza en el formalismo legal, clientelismo, aceptación mágica de promesas tipo “la luz al final del túnel”, el “derrame desde la riqueza”, etc. Un regionalismo superior al del MERCOSUR debe contener, indudablemente, estos componentes de ciudadanía y democracia participativa.

5. Globalización, culturas locales y limitaciones del reconocimiento

La propuesta del regionalismo autónomo se dirige a una estrategia de vinculación selectiva con la globalización, que implica negociar, rechazar o adoptar normativas según las conveniencias propias. Esta capacidad negociadora reside, precisamente, en acuerdos de gran escala, conformados equilibradamente entre Estados nacionales y bioregiones. Un MERCOSUR de nuevo perfil sería el ejemplo de la propuesta; se trataría de que la integración supere el mero plano comercial- que hoy está instalado exclusivamente para facilitar los negocios empresarios- y jerarquizar estos componentes:

- Libre circulación y asentamiento de trabajadores.
- Control conjunto del ambiente, no como jurisdicción nacional sino como patrimonio de la región. Esto debería ser aplicable en la totalidad y en los nichos específicos, considerando como determinante la mutua interacción de escenarios.
- Reconocimientos étnicos y culturales, respetando el equilibrio entre identificaciones y diferencias.
- Complementariedad productiva entre eco regiones, facilitada e incentivada por mecanismos justos de distribución y comercialización.
- Estatuto de equidad social sostenido desde una legislación laboral compartida y justa.
- Estatuto común de derechos civiles.

En un trabajo anterior nos preguntamos los límites y posibilidades de esta propuesta, en una etapa en la que el proyecto hegemónico transnacional se ha potenciado mediante una situación de guerra indefinida, muy peligrosa por la ambigüedad de su definición de enemigo. Es decir, ¿cuál será la autonomía de los regionalismos en esta situación del “nuevo imperio”, según la definición de Susan Strange? (Gutiérrez, 2001 -c)

El interrogante contiene las variables que analizamos en los puntos anteriores – nueva estructura social, vinculación de ciudadanía y regionalismo autónomo – pero, además, en interrelación con las culturas locales, cuyo papel será decisivo como factor de articulación, alineación o resistencia.

Las estrategias de integración en bloques regionales presuponen un marco de coherencia entre sus componentes, sean países o sus regiones interiores. Cuando se manifiesta la expectativa de que el MERCOSUR sea una macro región que implique mucho más que los acuerdos de comercio, nos estamos refiriendo a un proyecto de síntesis cultural que incluya variadas tradiciones sociales, lenguas, religiones y características étnicas. Esta matriz unificadora sería el emergente de un factor común (pertenecer al Cono Sur) superando la suma de diversidades que presenta este vasto territorio; se trataría de una macro-identidad propia de la macro-región, a cuya constitución contribuirían las culturas locales.

Sin embargo, el entorno globalizador no facilitará esta construcción. Las dificultades reconocen varias causas:

- Las culturas locales no constituyen actualmente matrices integradas, sobre todo por la incidencia de los medios de comunicación; se manifiestan en “dos velocidades”, una alimentada por la industria cultural, generada en los grandes centros de distribución mediática y que llega hasta a los lugares más recónditos del planeta, y otra cristalizada, inmovilizada por las tradiciones grupales o del lugar.
- El conflicto entre estas “dos velocidades” emerge como alienación por un lado y actitudes reactivas por otro, generalmente vinculada a posturas fundamentalistas o xenofóbicas. Esta dualización se manifiesta con más fuerza en los ámbitos campesinos o en las tribus urbanas de jóvenes, pero en la medida en que hacemos un análisis pormenorizado en todo lo que es el sistema urbano o rural fuera de las metrópolis también encontramos estas oposiciones. Se manifiestan con mayor gradualismo pero expresan la desorientación generalizada con respecto a la dinámica homogeneizadora de los procesos de globalización.

Como parte de esta realidad, en las últimas décadas se fortaleció una corriente de pensamiento, y de acción, cuyo núcleo en la revalorización y respeto de las diferencias, sean éstas de origen étnico, cultural, sexual o por elección sexual, capacidades diferentes, nacionalidad o religión.

Como evolución de los derechos humanos, ha sido un gran paso eliminar o al menos establecer una corriente crítica hacia la discriminación motivada por alguno de estos factores. A lo largo de los siglos, grupos de población de distinta magnitud (aunque fueran mayoritarios en un determinado territorio se los suele llamar “minorías”) sufrieron vejaciones y genocidios, causados por posturas racistas o etnocéntricas de otros grupos con mayor poder.

En América Latina, 1992 fue un año especialmente importante en ese sentido, ya que la conmemoración de los 500 años de la conquista por parte de los españoles dio lugar a un movimiento continental, con fuerte apoyo de diversos sectores europeos, que puso en tela de juicio el carácter de dicha conquista y produjo una importante animación de las poblaciones indígenas, muchas de las cuales replantearon sus relaciones con los Estados nacionales. Indudablemente, el movimiento paradigmático en ese sentido fue el Ejército Zapatista en México, por su síntesis entre la recuperación de la historia y la identidad, y la utilización de las herramientas de la globalización, especialmente la INTERNET (un ejemplo de la propuesta “vinculación selectiva con la globalización”).

Sin embargo, y volviendo a la relación entre globalización, regionalismos y localismos, el movimiento de las diferencias también ha generado reacciones duras y peligrosas contra la expansión planetaria de las pautas culturales y los imperativos económicos implicados. Aparecen diversos fundamentalismos y otros se han resignificado, en un movimiento de revalorización de la propia identidad, planteada como diferencia frente al “otro”. En la mayoría de los casos se resuelve como lucha entre “minorías”, con arbitraje de las grandes potencias que intervienen no para detener los genocidios o la limpieza étnica, sino en el momento en que esas guerras se convierten en peligrosas para algún interés de la “civilización”. Por lo general, la alarma cunde ante las amenazas a la provisión de petróleo, gas, heroína u otros materiales imprescindibles para el desenvolvimiento del Primer Mundo. Otro factor de inquietud es el probable desplazamiento de grandes masas de refugiados, cuya migración puede llevarlos a territorios de Occidente.

Una importante contribución al análisis de estas contradicciones entre la afirmación identitaria y sus riesgos la ofrece Nancy Fraser, cuando plantea los límites del “reconocimiento de la diferencia”.

Fraser advierte que los movimientos en ese sentido están aumentando, y aunque el “reconocimiento de la diferencia” es el título común con que se anuncian, “... estas reivindicaciones abarcan una amplia gama de aspiraciones, desde las más abiertamente emancipatorias hasta las más rotundamente rechazables (situándose la mayoría, probablemente, en algún lugar intermedio). A pesar de todo, su apelación a una gramática común merece ser tomada en cuenta. ¿Por qué en la actualidad, tras la caída del comunismo de corte soviético y la aceleración de la globalización, son tantos los conflictos que adquieren esta forma? ¿Por qué son tantos los movimientos que expresan sus reivindicaciones mediante el lenguaje del reconocimiento?... Nos enfrentamos... a una nueva constelación en lo que se refiere a la gramática según la cual se articulan las reivindicaciones políticas, una gramática que resulta inquietante en dos aspectos. En primer lugar, (el)... desplazamiento desde la redistribución hacia el reconocimiento se produce a pesar – o quizá a causa – de la aceleración de la globalización económica, en un período en que nos hallamos ante un capitalismo agresivamente en expansión que está exacerbando de forma radical la desigualdad económica. En este contexto, los planteamientos a favor del reconocimiento están sirviendo más para marginar, eclipsar y desplazar las luchas a favor de la redistribución que para completarlas, complejizarlas y enriquecerlas... En segundo lugar, las luchas a favor del reconocimiento de hoy en día se producen en un momento de una tremenda y creciente interacción transcultural, en el que la migración en aumento y los flujos mediáticos globales están tornando más híbridas y plurales las expresiones culturales. Aún así, los rumbos que toman dichas luchas a menudo no contribuyen a promover la interacción respetuosa en el seno de los contextos cada vez más multiculturales, sino a simplificar y reificar de manera drástica las identidades de grupo. Tienden, por el contrario, a promover el separatismo, la intolerancia, el chovinismo y el autoritarismo”. (Fraser, 2000)

Fraser denomina al primer problema al que se refiere como el del desplazamiento, y al segundo de la reificación. En las posiciones culturalistas, “... las desigualdades económicas son simples expresiones de jerarquías culturales... la opresión de clase es un efecto superestructural de la desvalorización cultural de la identidad proletaria. Lo que se desprende de esta perspectiva es que toda distribución desigual puede ser indirectamente

solucionada mediante una política de reconocimiento: revalorizar las identidades injustamente desvalorizadas equivale simultáneamente a atacar las causas profundas de la desigualdad económica; no hace falta una política redistributiva específica” (Fraser, ob. cit. Pág. 59)

Esta observación de Fraser cobra particular significado cuando estudiamos el Estado de las reivindicaciones indigenistas en América Latina, que siguen interpretando su situación como un drama causado exclusivamente por la dominación cultural, fuera de la dimensión de clases o los intereses transnacionales. Los grupos más radicalizados vinculan las reivindicaciones culturalistas a la lucha por el *territorio*, es decir, la fragmentación dentro de los actuales territorios nacionales como una forma de recuperación de la esencia del pasado. De este modo debilitan la posibilidad de avances en sus luchas, al no poder vincularlas con las propuestas generales de los campesinos o los obreros, independientemente de su origen étnico.

Este ejemplo también nos sirve para entender el segundo problema que analiza Fraser: la reificación de las identidades. Al respecto dice *“... Al insistir en la necesidad de articular y expresar una identidad colectiva auténtica, auto afirmativa y auto generada, ejerce una presión moral sobre los miembros individuales con el fin de que estos se ajusten a la cultura de un grupo determinado. la disidencia cultural y la experimentación son desalentadas, cuando no sencillamente equiparadas con la deslealtad...con el fin de dispensar a las auto representaciones colectivas ‘auténticas’ de todo posible cuestionamiento en la esfera pública, este tipo de política de la identidad fomenta escasamente la interacción social entre diferencias; por el contrario, alienta el separatismo y los enclaves de grupo”.* (Fraser, ob.cit. pág. 60 - 61)

Vemos entonces que en el campo cultural también hay una serie de condicionantes de los escenarios para la construcción y aplicación de una estrategia de regionalismo.

En el plano teórico, afirmaciones que parecen como “naturales” o “justas” presentan el peligro a que a menudo encierran las buenas intenciones: es el caso de la posición culturalista acrítica.

Sostener que la autonomía de una región se lograría mediante la batalla por la identidad merece, por lo menos, el despiece de cada uno de los presupuestos que integran dicha afirmación. De lo contrario, podemos estar justificando el mantenimiento de un statu quo de desigualdades en el plano de la economía y la sociedad, a la espera de resolver esta batalla por el reconocimiento de la especificidad regional, de cuya resolución emergería un sistema justo. En gran medida, este es el riesgoso filo en el que hoy hacen equilibrio diversas comunidades indígenas latinoamericanas, fragmentándose del campo popular en general.

A la vez, en el otro extremo de condicionantes, vemos que el impacto de la globalización está fracturando las matrices culturales las sociedades nacionales y regionales...*“Los núcleos culturales significantes, y que son resultado de una elaboración comprobable en la historia de cada sociedad, son reemplazados por productos culturales sintéticos, aceptables por una gran diversidad de públicos en la medida en que son suficientemente ambiguos como para ser consumidos acríticamente. Para las sociedades nacionales esto*

puede implicar la disolución de imaginarios colectivos creados genuinamente por los pueblos, y su reemplazo por otros imaginarios, elaborados por los técnicos y los profesionales del espectáculo y la información, e impuestos por el poder mass-mediático". (Gutiérrez, 1995 -b)

El impacto de este proceso como complementario de las advertencias formuladas por Fraser: La política de reconocimiento de corte culturalista debilita la lucha contra la distribución desigual, pero también debemos tomar nota del impacto profundo que producen la globalización y transnacionalización de los flujos informativos y culturales. Estos flujos desdibujan el trazado de políticas culturales en los niveles nacionales y regionales; se establece una nueva tensión en la que los polos son, por un lado, la cultura globalizada, y por otro, una multiplicidad de realidades culturales locales que, como defensa se recluyen en actitudes de introspección y aislamiento. Y esto no es un fenómeno de zonas rurales o aisladas: ocurre entre las tribus urbanas de jóvenes o en los ghettos periféricos de las metrópolis (villas miseria, cantegriles o favelas).

6. Conclusiones provisionarias

Estos son, entonces, algunos de los retos del contexto en que podemos diseñar las estrategias de regionalismo autónomo.

Reconocemos la fuerza cultural como acción afirmativa, pero comprendiendo que la problemática de las identidades y la valorización de las diferencias son factores que se insertan en un cuadro mayor de relaciones. El carácter central de estas relaciones radica en su condicionamiento por el nuevo bloque de poder transnacional, articulador de una nueva estructura social, fuertemente caracterizada por la exclusión.

La definición que hemos formulado en cuanto al carácter gerencial de los actores políticos indica que la construcción de estas estrategias solamente será posible mediante la acción colectiva. Los agentes estatales están demasiado encasillados dentro de los límites que exhiben los actuales acuerdos regionales como el MERCOSUR, como para imaginar o crear alternativas.

Se trata entonces de avanzar en un planteo político de nuevo perfil en el Cono Sur; fortaleciendo una acción progresiva, corporizada en distintos actores de la sociedad civil, que inicien un serio cuestionamiento del regionalismo dependiente a partir de un programa de regionalismo autónomo. Seguramente esta estrategia no se resuelve en un "día D"; pero dará lugar a un rico proceso de elaboración, negociaciones, construcción colectiva, perfeccionando los contenidos tan limitados del MERCOSUR, y aportando a la consolidación de un proceso de ciudadanía. Una vez más se trata de pasar de la condición de espectadores, a la de protagonistas.-

Bibliografía citada

Bove, Joseph. Entrevista de Blanche Petrich distribuida por Boletín Electrónico Praga 2000. Marzo de 2001.

CIPPA. Centro de Investigaciones sobre la Pobreza y Políticas Sociales de Argentina. Buenos Aires 1991

Dahrendorf, Ralph (1994), "The changing Quality of Citizenship", en Bart van Steenberg (ed.), The Condition of Citizenship, Londres, Sage, pp10-19.

FNUAP "El Estado de la Población Mundial 2001". Noviembre 2001.
www.unfpa.org/swp/swpmainsp.htm

Fraser, Nancy. Nuevas reflexiones sobre el reconocimiento. En *New Left Review*. Ed. Española. Nº 4, Pág. 54. Barcelona, 2000.

Giddens Anthony. *La Tercera Vía: la renovación de la socialdemocracia*. Taurus, Madrid 1999.

Gudynas, Eduardo (b) *La ecología política de la integración: reconstrucción de la ciudadanía y regionalismo autónomo*. Reporte de avance. CLAES, Montevideo 2001.

Gudynas, Eduardo. *Regionalismo Autónomo en el Cono Sur*. Reporte de Avance 2. CLAES, Montevideo 2000

Gutiérrez, Guillermo- a. *Los nuevos movimientos populares*. Revista Alternativa Latinoamericana Nº 6. Mendoza, 1986.

Gutiérrez, Guillermo -b. *Identidades locales / redes de cultura planetaria*. CULTURELINK First World Conference, Special Issue. Zagreb, 1996.

Gutiérrez, Guillermo -c. *Documento Taller germinar de nuevas ideas*. CLAES, Montevideo, 2001).

Provoste Fernández, Patricia y Valdés Barrientos, Alejandra. *Democratización de la gestión municipal y ciudadanía de las mujeres*. Documento. Programa Ciudadanía y Gestión Local de la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, y el Centro de Análisis de Políticas Públicas de la Universidad de Chile. Santiago, Chile, 2000.

Recio, Albert. *Preguntas al movimiento antiglobalización*. Publicado en Revista *mientras tanto* y distribuido por boletín electrónico **veualternativa** 127 / 8 de març. Barcelona, 2001.

Robinson, William. *La globalización capitalista y la transnacionalización del Estado*. En *Globalización*, Revista Web Mensual de Economía, Sociedad y Cultura - ISSN 1605-5519 - agosto 2000

Susan Strange, "Towards a Theory of Transnational Empire", 1989, citado por Leo Panitch en *El nuevo Estado imperial*. *New Left Review*. Pág. 15. Barcelona, 2000.
 Vilas, Carlos. *Globalización: crítica a un paradigma*, México, UNAM-IIIEC-DGAPA-Plaza y Janés, 1999, pág. 69-101

Nota sobre el autor

GUILLERMO GUTIERREZ

Antropólogo

Director de ICEPH, Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana de Bariloche, Río Negro, Argentina.

iceph@bariloche.com.ar